

Ascensión del CERVINO

Traemos a nuestras páginas este artículo de nuestro asiduo colaborador Luis Alejos, por considerar que es un auténtico itinerario de la vía normal del Cervino, escrito precisamente por un montañero de la Región.

Todos sabemos la afluencia de montañeros vasco-navarros que cada vez más, acuden a esta montaña alpina en todas las temporadas veraniegas.

Si puede servir de ayuda a algunos de ellos, nos daríamos por muy satisfechos, al mismo tiempo que pueda servir de enseñanza y prevención de accidentes.

DESCRIPCION

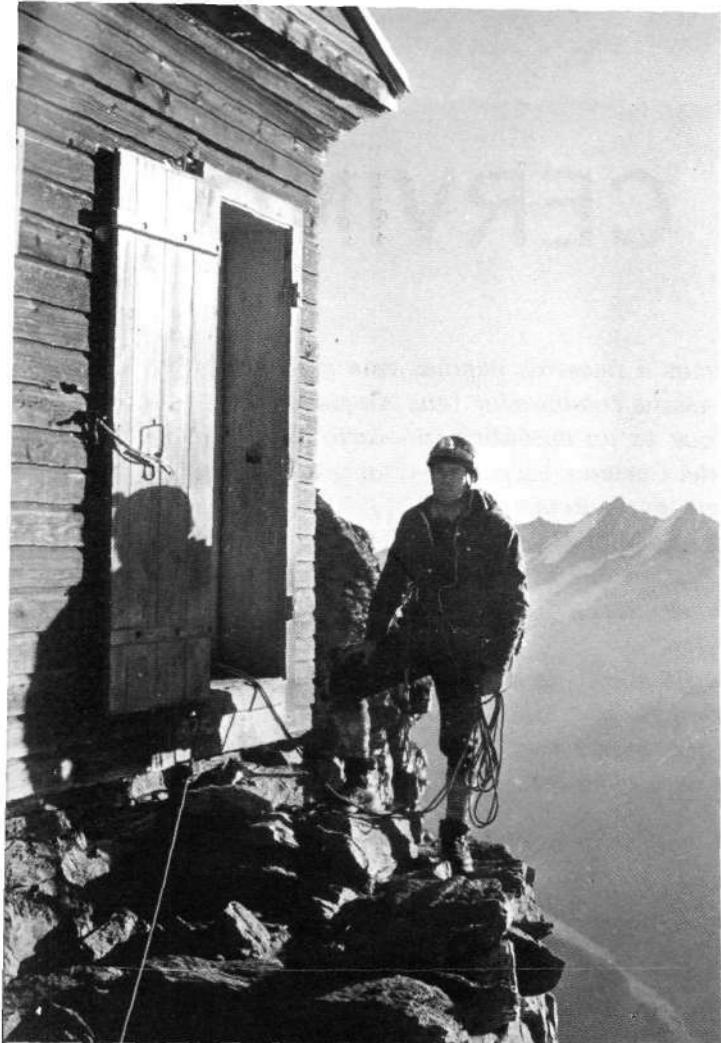
El Cervino tiene forma de pirámide; sus cuatro aristas constituyen las vías naturales y al mismo tiempo el itinerario de ascensión más recomendable por el peligro que representa en sus caras la constante caída de piedras. Dichas aristas, clasificadas en orden ascendente de dificultad se denominan: Hörnli, Lion, Zmutt y Fürggen (en este mismo orden fueron vencidas).

La cumbre está formada por una estrecha arista rocosa, casi horizontal, de 80 metros de longitud; su orientación es E-W. El extremo E (cima suiza), tiene 4.477,5 metros de altitud y la W, la italiana, tiene aproximadamente un metro menos. En la cima suiza convergen las aristas Hörnli y Fürggen; las otras dos en la italiana.

Las capas geológicas del Cervino se inclinan hacia el S., lo cual es una ventaja para subir por la Hörnli y un inconveniente para hacerlo por la Lion; en contrapartida, la roca es mucho más sólida en esta última.

Para quien quiera hacer la travesía del Cervino se recomienda subir por la Hörnli y descender por la Lion; son las dos únicas que están equipadas con cuerdas fijas. Se aconseja este itinerario porque la Hörnli es muy monótona de descender y porque en la Lion las cuerdas son más apropiadas para bajar que para subir.

La arista Hörnli se orienta hacia el N-E; es la más larga de las cuatro y constituye la vía normal. Durante la ascensión tan sólo se la sigue



Refugio Solvay (4.000 m.).

Foto: P. Irigoyen

a partir del refugio Solvay; es muy estrecha y forma numerosos «gendarmes» que se bordean. La vía va casi siempre por la cara E, menos inclinada que la N. La roca de la cara E es muy poco sólida, pero ofrece menos dificultades. Una vez alcanzada la cabeza se termina la ascensión por la cara N.

En algunos tramos la vía resulta bastante difícil de identificar, siendo esta una de las principales causas de los numerosos accidentes. Sería fácil marcarla convenientemente, pero existen intereses que lo impiden (la compañía de guías, naturalmente). Aparece algún que otro hito, pero por lo general hay que orientarse por los restos que dejan quienes suben: latas, papeles, peladuras y cuando la roca está seca, por las huellas.

NUESTRA ASCENSION

El Cervino es esa cumbre alpina, la más airosa, la más elegante, la más provocadora de todas ellas, que a tantos montañeros se nos mete entre ceja y ceja. Digamos que el Cervino es el «Naranja» de los Alpes y está todo dicho. La guía del Club Alpino suizo que hemos utilizado ampliamente para completar nuestra propia experiencia lo define como «el más formidable obelisco rocoso de los Alpes».

Llegamos a Zermatt el 11 de julio y ante la imposibilidad de hacer «camping salvaje» nos instalamos en el único que hay; el precio es de 2,50 francos suizos, un poco caro para las lamentables condiciones en que se encuentran los servicios; parece ser que en él se halla incluida la vista sobre el Cervino.

El tiempo no estaba muy decente; aun así, al día siguiente lo pensamos bien y llegamos a la conclusión de que no nos traía cuenta estar allí esperando a que el Cervino se quitase el velo y por la tarde decidimos tirar para arriba con todos los bártulos, tienda incluida. Cogimos el teleférico hasta Schwarzsee, que es el acceso mecanizado más próximo al



Cervino, a 2.582 metros de altura; subir cuesta 10 francos; ida y vuelta, válido para 10 días, son 14 francos.

Cerca de la estación del teleférico hay un pequeño lago con una ermita en su orilla; por allí plantamos la tienda. El tiempo había mejorado bastante y el Cervino se había descubierto; no lo pensamos más: hicimos las mochilas y tiramos para arriba.

Para llegar al refugio no se necesita ninguna descripción del camino puesto que está perfectamente trazado. Como ya es sabido, este refugio se encuentra en la arista Hörnli. Las estribaciones de dicha arista llegan hasta el pequeño lago del que acabamos de hablar, y allí precisamente se toma el camino que, tras superar una muralla de roca, recorre su cresta que está unida a la base de la arista Hörnli. Desde allí el camino sube en suave zig-zag hasta el refugio que está situado a 3.260 metros. Llegar hasta allí desde el teleférico supone hora y media de marcha a paso moderado.

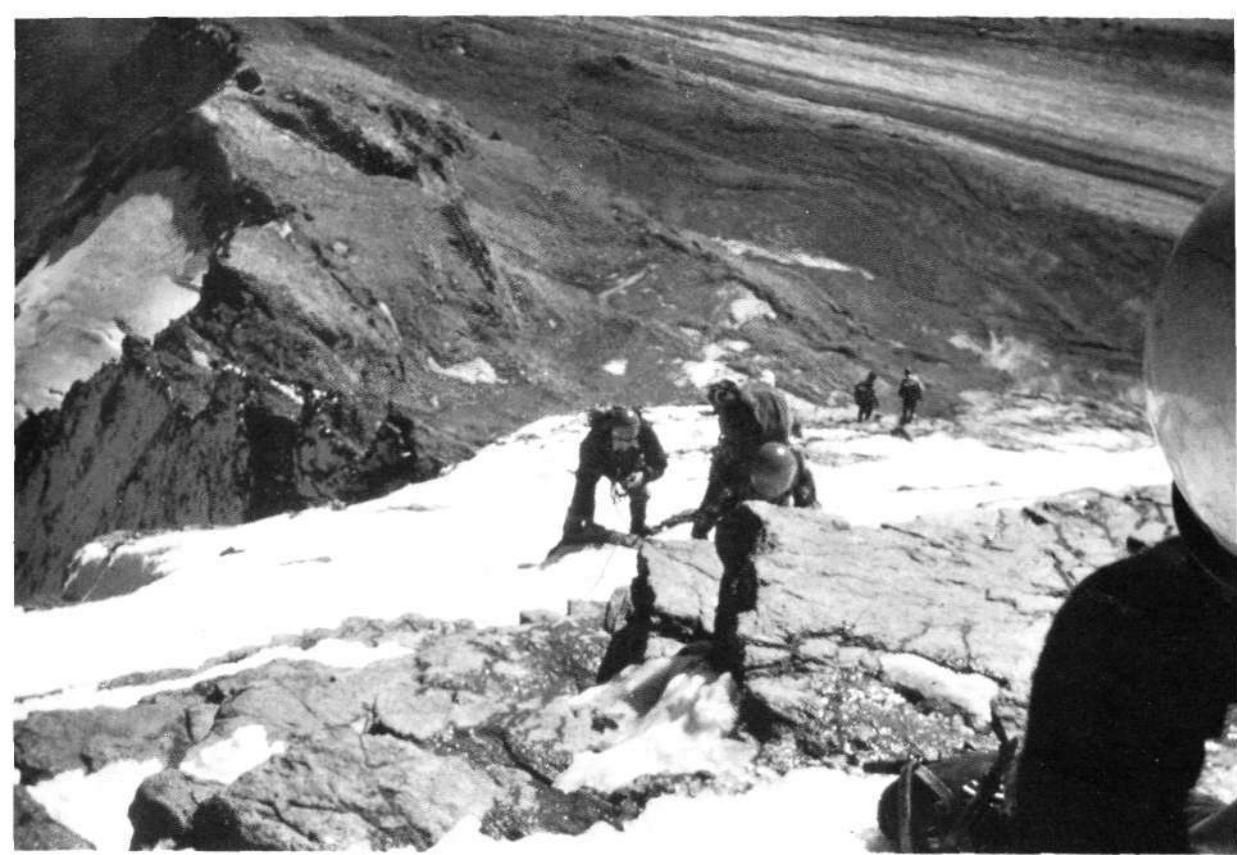
El refugio Hörnli es amplio (tiene 50 plazas) y confortable; no es preciso utilizar saco, y el agua, tanto fría como caliente, es gratuita. Por dormir cobran 10 francos suizos. También es posible alojarse en el hotel contiguo; paradójicamente es más económico que el refugio, pues cobran un franco menos.

Llegamos al refugio a las 7 de la tarde; la hora justa para cenar y disponer de unas seis horas de descanso. Es muy recomendable subir más temprano para dedicar un par de horas a familiarizarse con la pared, ya que la zona más complicada es precisamente esa primera parte que además hay que subirla de noche.

La diana es a las 2 de la madrugada y para las 3 todo el mundo está en marcha. En el momento de encordarse es muy comprensible que las piernas tiemblen un poco y no precisamente de frío: se trata de enfrentarse a lo desconocido y además el Cervino tiene una leyenda tan negra... Por lo general, la gente sube sin guía y se nota que a nadie le apetece ir por delante.

Para iniciar la ascensión se toma un sendero que conduce a una suave loma de piedra suelta que lleva hasta la pared. De pronto se ve uno al pie de la inmensa muralla, rodeado de tinieblas y de silencio, coloca las manos sobre la roca fría y siente una extraña sensación: apartarlas o abrazarse a tan imponente mole? Sin pretenderlo, las manos han encontrado ya las primeras presas; se mira hacia arriba y el haz luminoso de la linterna no muestra más que el oscuro granito; se estiran los brazos para dar el primer impulso pero los músculos oponen resistencia: no están suficientemente relajados. Durante la noche apenas si se ha pegado ojo: la emoción no permite dormir. Un fuerte impulso y... ¡arriba!, la ascensión ha comenzado. Las botas resbalan un poco; es una advertencia que será preciso tener en cuenta; la roca está pulida por el roce.

Los primeros pasos son bastante atléticos, pero sin dificultad; va bien



Cerca del «hombro». Foto: E. Iraola

para desentumecer los músculos. Es preciso realizar una pequeña trepada en oblicuo de derecha a izquierda. Una vez superado este primer obstáculo, comienzan a verse las linternas de los que van delante; ¡cuidado con intentar seguirles!, lo más probable es que sean tan novatos como uno mismo.

Después de este primer largo es preciso cruzar, antes de alcanzar la arista, tres grandes corredores que separan otros tantos torreones que no es necesario escalar cuando se sigue la vía normal, aunque es frecuente que la gente, ávida de avanzar con rapidez, se encarama en ellos y tenga que volver a descender. Aparte de estos tres corredores perfectamente delimitados aparecen otros secundarios, así como cortas chimeneas, compuestos siempre de grandes bloques que se superan con facilidad. La Guía describe esta zona con bastante minuciosidad; sin embargo, no vamos a señalar aquí todas sus indicaciones porque luego, en la práctica, resulta poco menos que imposible el seguirlas. En líneas generales consiste en avanzar en escalera: trepar más o menos directo y después hacer una travesía a la izquierda para alcanzar y atravesar el primero de los corredores; remontar otra vez en vertical y nueva travesía en oblicuo para llegar al segundo corredor (al atravesarlo, cuidado con las piedras que tiran los que están encima); otra trepada y otra travesía, esta vez por una especie de chimenea horizontal muy curiosa que parece tallada a propósito, para

dar con el tercero de los corredores que es el más amplio de todos y que no se atraviesa, sino que se asciende directamente por su margen derecha hasta alcanzar la arista.

En esta primera parte de la escalada, es decir, desde la base hasta que se alcanza por primera vez la arista, se tarde, según la Guía del C.A.S., una hora; nosotros empleados hora y media; hay que tener en cuenta que es la zona más propensa a los despistes y que se recorre de noche.

A continuación se avanza un rato por la arista (unos 20 minutos); después se penetra casi horizontalmente en la cara E para ir ascendiendo de nuevo hacia la arista, primero en oblicuo, después en vertical; es decir, que se describe una amplia comba entre dos puntos de la arista. Se llega así a un viejo vivac situado al pie de otro torreón que tampoco se asciende sino que se bordea. Desde la primera salida a la arista hasta esta nueva aproximación (ya que no se llega a alcanzar) tardamos poco más de una hora. Gráficamente, este lugar está situado un poco por encima del extremo superior de esa enorme cicatriz que atraviesa en oblicuo la cara E. del Cervino; su altitud se aproxima a los 3.800 metros.

La operación que sigue es muy similar a la que acabamos de describir; consiste en efectuar una nueva comba; se penetra de nuevo en la cara E. y al encaramarse en una pequeña cresta aparece en lo alto, empotrado entre los gendarmes que forman la arista, el refugio Solvay. Se desciende dicha cresta por el lado opuesto y se sigue avanzando, sin ascender demasiado, hasta situarse en la vertical del refugio; una vez en este punto se asciende directamente y se gana el refugio por su costado derecho.

En el Solvay (4.003 metros) hicimos una buena parada, pues ya llevábamos cuatro horas ininterrumpidas de ascensión (la guía marca 3 escasas). Para tratarse de un refugio vivac, el Solvay está estupendamente montado: tiene capacidad para diez personas y está equipado con un radio-transmisor cuya utilidad no es preciso señalar.

Sentados a la puerta de este acogedor refugio (sin desencordarse, naturalmente), entre puñado de pasas y trago de agua con farmacola, podíamos contemplar tanto el refugio Hörnli como la cumbre. En ese momento es inevitable ponerse a calcular distancias: habíamos ascendido 750 metros en 4 horas y quedaban aún 470: «Dentro de tres horas, en la cumbre», pensamos.

Se continúa por la parte izquierda del refugio. Los primeros pasos son algo delicados, pues hay que superar una pequeña pared bastante lisa; es cuestión de tener cuidado. Después se trepa hasta la arista que ya no volverá a ser abandonada excepto para bordear (como siempre por la izquierda) una pequeña torre que aparece inmediatamente. El tramo que mayores dificultades técnicas ofrece quizás sea precisamente este que va del refugio a la arista; a diferencia de la mayor parte de la ascensión,

aquí la roca es compacta, pero los agarres no son muy abundantes y los lugares para asegurar no ofrecen gran confianza.

Contrariamente a lo que podría pensarse, el tramo de arista que hay que recorrer inmediatamente resulta bastante sencillo, a pesar de ser muy vertical, pues está compuesto por pequeños bloques de piedra que presentan presas fáciles y ofrecen seguros «naturales» inmejorables; en el caso poco probable de caída, la cuerda quedaría trabada entre las rocas. Posiblemente sea también este lugar el más bello de la ascensión, el único en que uno se siente de verdad en esa elegante arista que se puede admirar desde Zermatt; es la ocasión de comprobar el contraste que existe entre las dos caras que la forman: la E más que una pared parece una cantera, es un laberinto de rocas, de grandes corredores por donde continuamente están cayendo piedras; la N. es el vértigo, el hielo, el silencio...

Rápidamente se alcanza la «espalda» que es ese pequeño nevero inclinado situado al pie de la cumbre. Esta pendiente nevada tampoco ofrece dificultades (cuando no está helada) gracias a que está equipada con cinco estacas de hierro que ofrecen un seguro infalible. Se remonta un poco a la izquierda de la arista. En este punto conviene advertir que la distancia que separa las estacas está calculada para utilizar cuerda de 60 metros; la nuestra no tenía la longitud requerida y tuvimos que hacer «largos muy cortos» para poder avanzar con seguridad. El piolet no ofrecía más que una confianza moral, pues bajo la capa de nieve blanda estaba el hielo imposible de perforar.

Una vez al pie de la cabeza, o por así decirlo, en el «cuello» de este formidable «picu», ya no hay posibilidad de equivocarse de camino: no hay más que trepar por las gruesas sogas y hasta cadenas que están fijadas a la pared mediante estacas de hierro. Estos artilugios desvalorizan si se quiere las dificultades del Cervino poniéndolo al alcance de un montañero medio, lo cual no tiene nada de reprochable puesto que se trata de su vía normal y todo lo que se haga para facilitar el acceso a una cumbre debe ser aplaudido. Para los amantes de las montañas «inmaculadas», para los «duros», quedan aún otras dos aristas sin adulterar y cuatro caras con diversas vías.

Las primeras cuerdas están instaladas en la cara E, en una pared vertical. Esta primera trepada no requiere gran esfuerzo, pues siempre se encuentra un lugar para apoyar cómodamente los pies. A continuación, siempre con ayuda de las cuerdas fijas, se alcanza la arista para pasar a la cara N., pues a partir de aquí la E. está extraplomada. Es precisamente en este lugar donde ocurrió el accidente de la cordada de Whymper que ascendió por primera vez al Cervino en 1865. El paraje es realmente impresionante; una caída aquí supone un «vuelo» de no menos de 1.500 metros; si no fuese por la seguridad que ofrecen las cuerdas...

El tramo de la cara N. no está excesivamente vertical. La única dificultad consiste en que las rocas están recubiertas de hielo y los pies pueden resbalar, así que hay que agarrarse fuerte a la soga.

Una vez pasada la zona de las cuerdas fijas, la pared va perdiendo inclinación, lo que hace presagiar la proximidad de la cima. Según la Guía, este lugar está cubierto de piedra suelta y existe nada menos que un sendero que conduce a la cumbre, pero en esta ocasión, a principios de temporada, la nieve era abundante y blanda y el avance era penoso.

Empezamos a oír las voces de los que estaban en la cumbre; el largo siguiente pudimos verles, y momentos después estábamos junto a ellos. 4.477 metros de altitud, 1.200 metros de trepada; era mediodía y habíamos salido del refugio a las 3 de la madrugada. Según la Guía, es decir, teóricamente, con vía libre, se emplean 5 ó 6 horas en la ascensión; nosotros tardamos 9, pero esto no quiere decir gran cosa; el tiempo empleado no depende exclusivamente de las facultades de la propia cordada, sino también de la rapidez y resistencia de las demás, con las que es preciso cruzarse tanto al subir como al bajar. Al pie de las cuerdas fijas es frecuente tener que hacer cola, y los «enredos» son muy corrientes. A lo largo de toda la ascensión tan sólo hicimos una parada voluntaria, en el Solvay; la trepada es larga y dura por lo que habría sido normal hacer algún que otro descanso; sin embargo no lo necesitamos, no porque estuviésemos en inmejorables condiciones físicas, sino porque las paradas involuntarias eran tan frecuentes que no teníamos ocasión de cansarnos.

Otra de las causas que influyen en el horario son los despistes; nosotros no perdimos ni un solo minuto por esta razón (en la subida, pues la bajada fue otra cosa). En fin, que no es fácil calcular un horario. Cuando a las 7 de la mañana estábamos en el Solvay bien pensamos que para las 10 habríamos alcanzado la cumbre, y sin embargo tardamos dos horas más; y eso que sólo había alrededor de diez cordadas; a mediados de agosto, con unas 30, la cosa debe ser seria.

Las condiciones meteorológicas también influyen decisivamente. Si falta el sol, el verglass permanece sobre las rocas y hay que tener mucho cuidado. Nosotros contamos con un tiempo inmejorable, pero a mediados de julio, y sobre todo este año en que el deshielo se ha atrasado considerablemente, la nieve era aún abundante en muchos lugares de la pared.

Para describir la cumbre se puede decir que no acaba en pico, como uno supone cuando la contempla desde Zermatt, sino que es una larga y aguda arista de piedra. La ascensión acaba en el extremo NE, es decir, en la cima suiza. Para recorrer la arista cimera no es preciso hacer malabarismos, pero casi casi. La sensación de vacío es completa; en el Cervino uno se siente flotar, es plenamente consciente de que está en la cima, ya que ésta tiene unos límites muy concretos y alrededor no hay ninguna otra, ni grande ni pequeña. Es, sin duda alguna, el más aéreo de los cuatromiles. El Mont Blanc, con ser el más grande de todos los grandes, no

proporciona tal sensación de altitud; no destaca tanto puesto que forma parte de una cadena de cumbres también elevadas y, sobre todo, porque no existe un lugar concreto donde uno pueda poner el pie y sentirse en la cumbre.

El tiempo era espléndido y sin embargo no resultaba apetecible estar allá arriba soportando las ráfagas de viento frío. Tratamos de guarecernos un poco, pero era imposible descender un solo metro sin meterse en la nieve, así que no hubo más remedio que acomodarse en la mismísima arista. Mientras comíamos un poco pudimos prestar atención a las avionetas cargadas de turistas que se dedican a «espíar» los movimientos de los que están en la pared para encontrar satisfacción en las emociones ajenas. ¡Qué situación tan extraña! Estábamos contemplando una avioneta desde arriba y la veíamos casi tan pequeña como cuando se levanta la vista para observarla desde abajo... En ese momento fuimos conscientes de que estábamos bastante altos y sentimos un incómodo cosquilleo.

Más abajo podíamos ver el refugio Hörnli y, posado junto a él, un helicóptero; no hicimos comentarios, pero de sobra sabíamos que allí no se posan los helicópteros por casualidad. Después supimos que nuestras sospechas eran fundadas; se habían caído dos italianos, pero no había sido nada grave.

Aún más abajo estaba Zermatt, el mirador ideal para contemplar el Cervino en su pose más grandiosa. En aquellos momentos formábamos parte de su atractiva e inconfundible silueta.

Para bajar, con objeto de prevenir los resbalones, decidimos en primer lugar utilizar los crampones, que en ningún momento habíamos empleado durante el ascenso. Por otro lado, y como el cordino en doble no nos permitía hacer largos de 30 metros, preferimos encordarnos en simple para avanzar más rápidamente y tener más margen para encontrar seguros de confianza. Con mucho cuidado fuimos bajando hasta alcanzar las cuerdas fijas, en donde respiramos con un poco más de tranquilidad. Allí nos encontramos con un «tapón»: un individuo decía que tenía las manos frías y no se atrevía a bajar; nos tuvo toda una hora inmovilizados en el «refrigerador» de la cara N., aguantando la lluvia de nieve que los que aún estaban subiendo nos echaban encima.

Por fin pasamos, pero perdiendo un tiempo precioso; nos descolgamos por las cuerdas con bastante rapidez y también pasamos en seguida el nevero de las estacas de hierro y la zona superior de la arista que no ofrece dificultades.

Cuando abandonamos la arista para descender hacia el refugio Solvay, la cumbre del Cervino empezaba a hacer sombra sobre su cara E. De inmediato las condiciones se transformaron radicalmente: los lugares que por la mañana rezumaban agua y los desagües de los pequeños neveros quedaron impracticables por el verglass. Cerca ya del refugio la si-



Las cuerdas fijas. Foto: E. Iraola

tuación empezaba a ser delicada y la salida más lógica era rapear; husmeamos un poco por los alrededores y en seguida dimos con una clavija colocada al efecto; a este rapel sucedieron otros dos, el último de los cuales nos situó a la puerta del refugio; miramos hacia arriba y vimos que otra cordada descendía también en rapel.

En el refugio nos dimos una sentadita, confiados en que aquello ya estaba hecho; eran las seis de la tarde. La salida de Solvay fue como la llegada; volvimos a rapear para descender la parte más escabrosa. Estábamos, pues, en la más elevada de las dos grandes combas; se destrepaba con facilidad, no era necesario siquiera asegurarse. Llegamos a las inmediaciones de la arista y en una cavidad de la roca vimos los restos del antiguo refugio vivac: estábamos en el buen camino.

Cuando iniciamos el descenso de la segunda comba ya empezaba a anochecer; la sombra del Cervino se proyectaba enorme sobre el glaciar de Furggletscher. En las cumbres del Breithorn y Monte Rosa aún brillaba el sol. Apretamos el paso para no tener que atravesar el laberinto de los corredores completamente de noche. El terreno era fácil y el avance rápido; descendíamos y descendíamos más o menos convencidos de que seguíamos aún en el buen camino. Tuvimos que encender las linternas.

De vez en cuando veíamos una lata, unas cáscaras de naranja, la envoltura de un caramelo..., no había por qué preocuparse, no éramos los primeros en pasar por allí. Sin embargo, empezamos a darnos cuenta de que estábamos excesivamente cerca del glaciar y muy al centro de la cara E.; decidimos rectificar y hacer una travesía hacia la arista, pero un barranco nos cortó el paso; habíamos descendido demasiado y para volver a coger la vía normal teníamos que ascender bordeando dicho barranco. Eran las 9 de la noche, estábamos en pie desde las 3 de la mañana y la verdad es que no nos sentíamos con ánimos para volver a subir sin tener garantías de acertar en el camino. ¿Qué hacer? Seguir descendien-

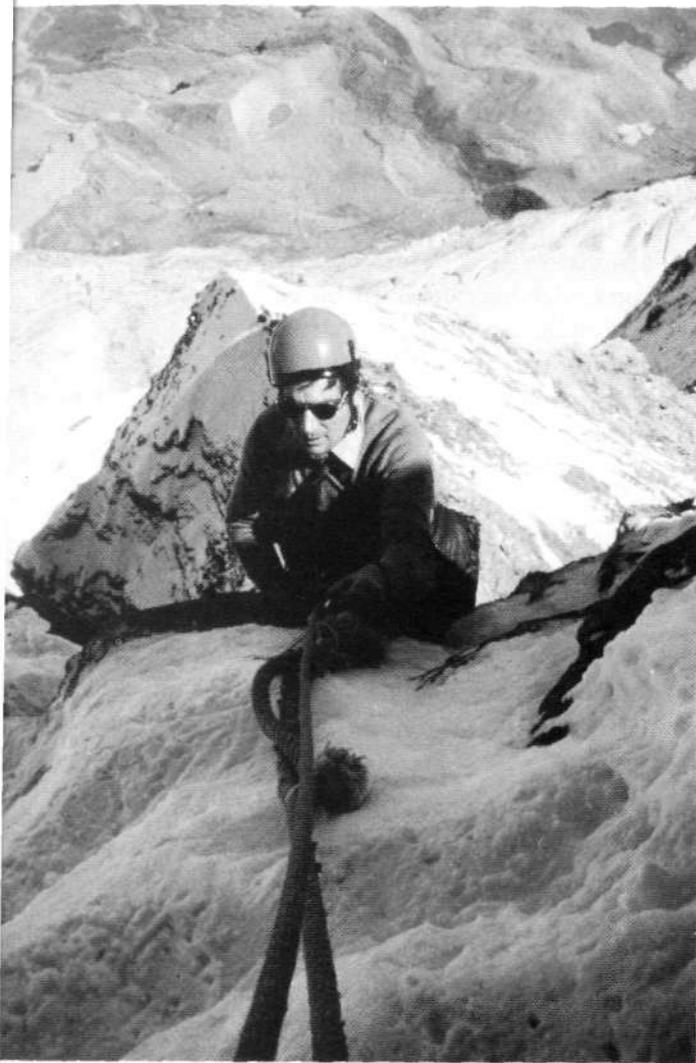
do, vivaquear... La única razón que nos empujaba a tratar de llegar esa noche era el pensar que los compañeros que habían quedado en el refugio Hörnli estarían empezando a preocuparse. Aún seguimos caminando durante algunos minutos, siempre al borde del barranco, en busca de un lugar accesible para poder atravesarlo y alcanzar la arista, cuando sentimos voces; prestamos atención y oímos nuestros nombres; nuestros compañeros nos llamaban desde abajo; les contestamos; les dijimos que estábamos bien, que no se preocupasen, que simplemente nos habíamos despistado. Ellos nos recomendaron que vivaqueásemos; estaban un poco asustados. Al otro día nos comentarían cómo desde el refugio los guías observaban las maniobras de las cordadas y comentaban: «Los que salen ahora del Solvay están locos». «Los del centro de la pared (nosotros) están en una zona peligrosa para hacerla de noche; allí precisamente cayeron dos japoneses el año pasado».

Puesto que ya habíamos hablado con María Angeles y Pedro, la única salida razonable era el vivac; teníamos 4 grados de temperatura, que no está mal teniendo en cuenta que nos encontrábamos a unos 3.500 metros.

Los vivacs en el Cervino no son ninguna novedad; más bien constituyen la norma. Es muy corriente que las cordadas se queden a pasar la noche en el Solvay; hasta tal punto es frecuente que por pernoctar en él han impuesto una tarifa-sanción de 20 francos para disuadir a la gente de quedarse allí de no ser por causa muy justificada. Ese día descenderían la mitad de las cordadas; los demás quedamos colgados a lo largo de la pared; hubo quien se tuvo que quedar en la mismísima arista, al pie del nevero de la «espalda». En fin..., no conseguimos bajar ese día pero seríamos los primeritos en llegar al siguiente.

No nos fue difícil dar con un lugar en donde acomodarnos; nos encontrábamos en una zona de terrazas lo suficientemente amplias como para poder instalarnos «cómodamente». El problema era, como siempre en el Cervino, las piedras; los pedruscos que por allí había eran lo bastante respetables como para hacernos pensar en lo inoportuno que resultaría el que alguno de ellos pretendiese ocupar nuestra plaza durante la noche. Una pequeña pared extraplomada nos protegió de tales imprevistos.

Acondicionamos el lugar elegido; «ordeñamos» unas rocas que goteaban para poder mojar un poco la garganta, comimos alguna cosilla, nos quitamos las botas y el casco, nos pusimos toda la ropa de abrigo que teníamos, metimos los pies en la mochila y..., a esperar sentados, pues con dormir ni soñábamos. No es que hiciese frío, pero como los montañeros económicamente débiles no nos podemos permitir el lujo de un plumífero, en ocasiones como ésta tenemos que pasar la noche en blanco, que es lo menos malo que puede ocurrir. Las luces del refugio se apagaron...,



Saliendo a la cara norte. Foto: E. Iraola

A las 3 de la mañana oímos de nuevo las voces de nuestros compañeros que nos llamaban; también ellos se habían levantado con objeto de llamar nuestra atención para que nos fijásemos por dónde subían los demás. ¡Qué reconfortante es en esas circunstancias saber que allá abajo hay alguien que se ocupa de uno!

Nos acercamos al borde del precipicio. Con el nuevo día una nueva representación de la «ascensión del Cervino» acababa de comenzar. Éramos espectadores de la primera escena de esta cotidiana interpretación cuyos actores son siempre diferentes. Las cordadas estaban ya en la pared, como luciérnagas orientándose en la oscuridad. Cada cual subía como mejor le parecía; resultaba difícil apreciar por dónde va la vía, pues se veían luces tanto en las agujas de la arista (por tanto, fuera de la vía) como excesivamente abajo. A nuestra altura, es decir, ya por encima del laberinto de los corredores, se recortaban sobre la arista las siluetas de algunas cordadas; sin duda alguna se trataba de los guías.

Metimos los trastos en las mochilas y esperamos a que hubiese suficiente claridad como para poder explorar el terreno. Hubiésemos podido

las horas empezaron a pasar lentamente..., apretujados el uno contra el otro nos adormecíamos de vez en cuando, pero rápidamente nos espabilábamos con un repentino castañetear de dientes; era preferible no intentar dormir.

No había luna, o al menos nosotros no podíamos verla; el cielo estaba raso, no cabían en él más estrellas. Frente a nosotros podíamos apreciar con bastante nitidez, en primer plano el Beithorn y al fondo de la cadena, el Rosa. Mirando hacia arriba daba la impresión de encontrarse al pie de un circo romano, pues la pared está compuesta por una sucesión de rocas que forman un inmenso graderío. En lo más alto de lo alto, 1.000 metros por encima de nuestras cabezas, la cumbre del Cervino se inclinaba amenazadora; de vez en cuando se oía el trueno de una avalancha.

AHORRO

CREDITOS

VALORES

SERVICIOS



LA

**CAJA DE AHORROS MUNICIPAL
DE LA CIUDAD DE VITORIA
a su disposición**

INVERSIONES

VIVIENDA

LABOR SOCIAL

TARJETA 6.000



Tras el esfuerzo realizado, vencida la ascensión,
el alma se ennoblece recreándose en el panorama
avistado.

Los cuerpos, vibrantes aún, cobran el descanso
que el lugar les depara y se nutren de nueva
savia vivificante.

Las mentes, repletas de ilusiones, forjan para
el futuro audaces proyectos.

Es tiempo de convivencia para recordar los
momentos vividos, los logros alcanzados en
unión. Y de pensar en nuestro pueblo y en
los hombres que lo habitan.
La vida cobra un nuevo sentido.

Como el montañero, aunamos
nuestros esfuerzos en la consecución del objetivo fijado: Conseguir
nuevas y mejores perspectivas de
bienestar y progreso comunitario.
De nuestros hombres y pueblo.

Y como él, sentimos la satisfacción que nuestra labor nos depara.



LANKIDE
AURREZKIA

CAJA LABORAL POPULAR

Sociedad Cooperativa de Crédito

volver a subir para coger el camino normal, pero preferimos esperar para comprobar si había salida hacia abajo.

El barranco al pie del cual nos encontrábamos no era otra cosa que el costado izquierdo del tercero de los corredores, el mayor de todos, el que no se atraviesa. Miramos hacia abajo y nos dio la sensación de que era accesible, de que montando un rapel se podía bajar hasta el fondo para desde allí meterse en el glaciar y volver al refugio bordeando la pared.

Descendimos aún unos 50 metros muy lentamente, dando tropezones, pues estábamos aún bastante sonámbulos. Llegamos hasta el lugar en que la pared desciende a plomo sobre el glaciar y nos encontramos con la grata sorpresa de que en el lugar que nosotros habíamos supuesto accesible había ya un lazo preparado para descender en rapel; lo utilizamos, naturalmente, pero para alcanzar el fondo del barranco nos quedaba aún otro largo de cuerda; no había dificultades, sólo que las piedras se deslizaban como las aguas de un río. Buscando la forma más adecuada de bajar tropezamos con una clavija; aquello también estaba previsto. Antes nos pusimos el casco, no por precaución, sino por absoluta necesidad, ya que los que andaban por arriba debían ser bastante «patosos» y nos obsequiaban con una constante lluvia de piedras. Les gritamos, pero no sirvió de nada.

Una vez hecho el segundo rapel, pasamos corriendo a la otra orilla del barranco. Sinceramente fue un momento bastante malo: las piedras zumbaban de lo lindo a nuestro alrededor.

Cuando alcanzamos la rimaya del glaciar, a cubierto ya de emociones imprevistas, nos colocamos los crampones y fuimos descendiendo suavemente, sin prisa; ya todo había acabado, el coloso estaba definitivamente vencido.

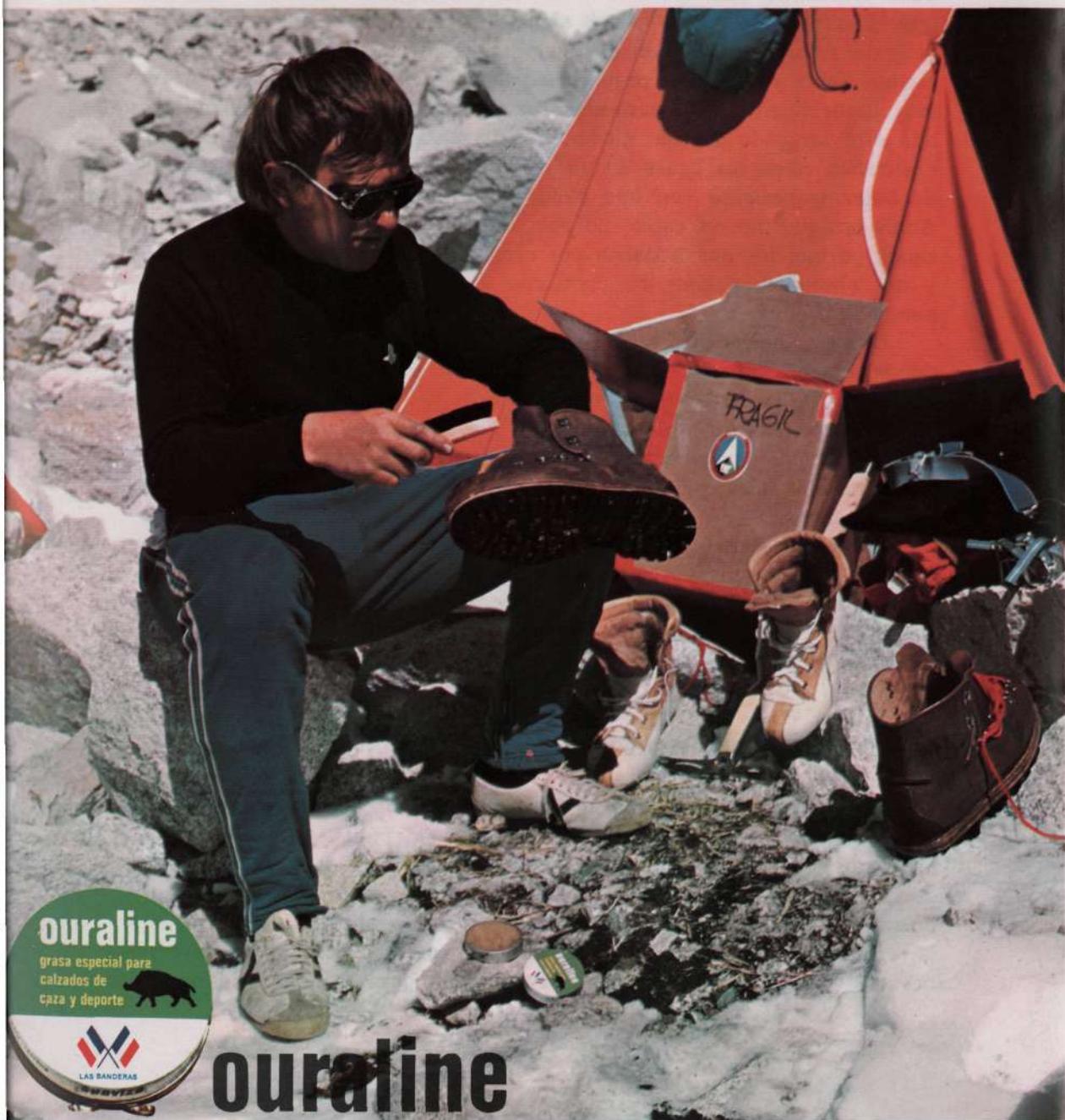
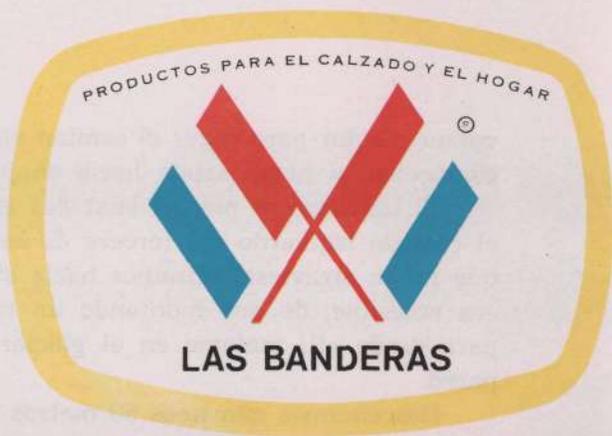
Atravesamos el glaciar bordeando la pared, subimos una pendiente pedregosa y alcanzamos la plataforma del refugio en donde nos esperaban los compañeros que estaban allí contemplando todas nuestras peripecias. Eran las 6 de la mañana; entramos al refugio y nos desayunamos la sopa que ellos nos habían preparado para cenar la noche anterior.

REFLEXIONES SOBRE EL CERVINO

El Cervino no es un problema técnico, no hace falta ser trapecista para ascenderlo. Bastan y al mismo tiempo sin indispensables los conocimientos básicos y la mínima práctica de la escalada que cualquiera que se acerque a la alta montaña debe poseer. Supone sobre todo una prueba de madurez para montañeros, pues aparte de esa elemental aptitud para la escalada que sus escasas dificultades técnicas imponen, se requiere ser bastante observador para captar los mínimos indicios que puedan mos-

CREMA PARA EL CALZADO DE LOS CAMPEONES

Seleccionada por la Expedición Tximist al Everest 1974



ouraline

grasa especial para calzados de caza y deporte



ouraline

trar el camino a séguir, tener un agudo sentido de observación que facilite la identificación de la vía, paciencia para observar el terreno minuciosamente, aplomo y serenidad para tomar decisiones en caso de extravío, valentía para renunciar cuando las condiciones climatológicas son adversas, o las físicas fallan, o se ha perdido demasiado tiempo y se corre el riesgo de tener que pasar la noche en una situación comprometida. En fin... que con el Cervino no se puede jugar; el elevado número de víctimas que se cobra cada año es una buena muestra de que no consiente vacilaciones, errores o imprudencias. Es imprescindible encontrarse en excelente forma para que el prolongado esfuerzo no merme los reflejos y las facultades para trepar.

En 1974 el número de accidentes mortales fue de 5. Este año, en las dos semanas siguientes a la de nuestra ascensión, van ya 7. Las causas fundamentales se pueden resumir en las siguientes:

—No se presta suficiente atención a la progresión propia y a la de los compañeros; las dificultades aparentemente son mínimas, pero la roca está pulida, la piedra se desprende con facilidad, en ocasiones se atraviesan zonas mojadas o recubiertas de verglass... En una palabra, que aunque se pierda tiempo conviene asegurar. Por lo general los accidentes afectan a cordadas enteras, lo que no ocurriría si se respetase la regla fundamental de la escalada: asegurar al compañero que está avanzando. Lamentablemente la función de la cuerda suele ser la de arrastrar a los compañeros cuando se produce una caída.

—Otra parte considerable de los accidentes se debe a los despistes. No basta con avanzar, es preciso asegurarse de que el itinerario elegido tiene salida. Una regla a tener en cuenta para no perderse es la siguiente: cuando aparezca un paso complicado, volverse inmediatamente atrás, pues no existe ninguno que realmente pueda considerarse difícil.

—La caída de piedras es un serio peligro que no es posible evitar, pero sí prevenir utilizando casco y permaneciendo el menor tiempo posible en los corredores y debajo de otras cordadas. Por otra parte, no se trata sólo de esquivar las piedras que vienen de arriba, sino también de no ser un peligro para los que están abajo.

—Las condiciones atmosféricas suponen otro importante motivo de preocupación para quienes ascienden al Cervino. Por su posición aislada y por su considerable altitud, está expuesto más que cualquier otra montaña de los alrededores, a los caprichos del tiempo que puede cambiar bruscamente. En cuanto a la época más adecuada para las ascensiones, por ser una cumbre rocosa se recomienda hacerlo a final de temporada (Septiembre), ya que la nieve es entonces más escasa.

LUIS ALEJOS

Grupo Alpino Turista de Baracaldo